

LA AVENTURA.

La guerra. La guerra sorprendió a Felipito Martínez, junto a una máquina de calcular. Hasta ese momento Felipito Martínez había sido uno de esos tipos de quienes suele olvidarse la vida, siempre nadando en una media barba, que le oscurecía la mitad de su juventud. Salio de una alta escuela puertorriqueña en ese grado de barbarie que produce el bilingüismo cuando se junta con el adiestramiento clerical; se metió en la segunda de un banco y se sembró en la 112. Hizo bastante plata para conseguir trabajo. Por fin logró uno de esos azarres del clericalato universal donde hay que esperar la muerte antes que el ascenso. Ahí desde entonces su vida fue un continuo teletipo frente a una máquina de calcular, una máquina que apenas necesitaba de la colaboración de Felipito Martínez para funcionar. De los dos, el que siempre se equivocaba era Felipito Martínez. El sudor de las manos filtraba unos mancharones paledicos a través de las lencillas de papel. Cada vez que entregaba sus tirillas, el jefe de sección lo miraba fijamente. Pero Felipito Martínez nunca pudo entender la mirada de un jefe de sección.

Cuando no tenía nada que hacer, Felipito Martínez se ponía a curiosear aquella hilera indistinguible de escritorios que se extendían por miles y miles de pies cuadrados, antes de llegar al escritorio del primer contable. En verdad se necesitaba ser un astronauta

para arrepear hasta la silenciosa arena del mimeo contable. Aquella calva inexorable, hajeada de gris, con un clavel blanco en la solapa, tenía las manos ensangrentadas de tanto destripar empleadillos. Felipito Martínez pertenecía al sótano, el sitio donde estaban los peores calificados, los que morrían sin viseras verdes, ni tubos telefónicos, ni escupidores de bronce. El sótano era un rincón bastante oscuro, desdibujado de toda vanidad burocrática, en el cual unas chicas huesudas movían incesantemente las palanquetas de los mimeógrafos y unos chicos torpes tecleaban continuamente sobre las máquinas de calcular.

Fuera del sótano, todo lo que quedaba de la vida de Felipito Martínez se regilaba hacia un gimnasio público. Allí levantaba pesas, nadaba un poco en una agua gotereada por la suciedad, tenía unas revistas. Después solía dar una caminata larga por la calle, con tranco evático, hasta que se le dormían los ojos de tanto escuchar su propio silencio. Aquella caminata por la ciudad, noche tras noche, era una de las muchas cosas inexplicables que tenía la vida de Felipito Martínez. Él nunca supo hacia donde se dirigía ni por qué caminaba. Las vidrieras eran las mismas, los zaguanes oscuros no cambiaban sus telarañas, los pedigueros lo dejaban pasar con desprecio. Tal vez era una manera de vivir con los pies en vez de vivir con las manos. Sin embargo:

En el banco había una chica fibrosa, con los dientes un poco hacia afuera, que lo miraba. Él la miraba también. Se habían medido dulce-

mente, miseria a miseria, fealdad a fealdad, con la
 desnuda calma con que miran los que saben, que el
 romance de amor es una droga que meparan los perio-
 dicos para combatir el aburrimiento dominical. Ella
 representaba la unica oportunidad de amor que el cleri-
 calato universal podia permitirle a Felipito Martinez.
 El era el unico tipo de novio que encontraba una
 mecanografa ~~sin un cuerpo bonito~~ sin cuerpo bonito. El
 mundo de ellos era claro y preciso: ni la inteli-
 gencia sanguinaria del argonauta burocratico, ni la
 belleza venial de la sirena oficinesca. Si el hubiera
 nacido inteligente, ya hubiese dado algun que otro
 salto entre aquellas lineas de escritoras que lo
 separaban de las areas relucientes de la vida.
 Si ella hubiera nacido bonita, pasearia en los
 automoviles de los tenedores de libro o de los
 supervisores de personal, o tal vez de un jefe
 de contabilidad. Una noche salieron juntos: fueron
 a un cine. El la mano seó un poco, sin atre-
 verse a besarla para no tener que investigar
 el aliento de aquellos dientes largos. Ella le clavo
 debilmente las unias en sus viceps de gimnasta.
 Nada mas. Ni una sola palabra de engaño, ni una
 sola cosa bonita en la oreja. Se veian poco pero
 se miraban mucho, con una extraña tortura de
 solidaridad humana. Ambos se sentian comprome-
 tidos para algun dia, cuando se pudiera. El
 mundo de ellos era claro y preciso. Habria que
 estar alertas contra el error lo mismo de la
 cabeza que del corazón. En el sótano no podia

La aventura (4)

equivocarse nadie por miedo a que se echaran a reír las máquinas. Para salir de allí era preciso un milagro: que empezaran a danzar por los aires unos cuantos cientos de escritorios sonámbulos en busca de Felipito Martínez, o que desde una nube se descolgara doña Venus en persona a darle un beso maternal en la frente a una chica fibrosa.

~~Pero el milagro se hizo. ^{una} Por la tarde del día 11 de diciembre, con los primeros copos de una nevada,~~

~~Pero el milagro se hizo. Una mañana de diciembre los copos de la nevada se impregnaron de un asombro~~

~~Pero el milagro se hizo. Primero hubo un silencio que se desplazó como un vacío trágico en todo el ámbito clericalado. Todos miraron hacia arriba esperando el aviso de la pajarita. Después, la telegrafista, se bajaron con un síncope,~~

~~Pero el milagro se hizo. Cerca del medio día~~

~~Pero el milagro se hizo. La telegrafista lanzó un grito de horror desde su cabina, los pefes de sección corrieron hacia la mesa que~~

Pero el milagro estaba a la vuelta de una tarde de diciembre. Primero fue el grito ululante de la telegrafista de la planta, lo que puso a todo el clericalato de pie. Después, el cuchicheo convulso de los jefes de sección, cerca de la butaca giratoria del Primer Contable, los hizo anemolinarse en la primera aula reluciente. Por último, un rugido de espanto, modulado por miles y miles de voces distintas, los lanzó abruptamente hacia la calle. El aire empezaba a asfirsearse bajo el flamear de las banderas; grandes masas de hombres vociferantes bajaban desde los edificios cercanos, bramando palabras inconexas, mensajeros por una histeria rabiosa; los locutores, empujados por la rabia, pedían venganza contra un enemigo que todavía muchos no sabían quien era.

Por fin, bajo un tenderete del Salvation Army, un viejo mutilado, mostrando las muletas de una guerra anterior, clamaba por un bombardeo en gases de mostaza sobre Tokio:

- Son los japoneses, no? - preguntó Felipito Martínez, al que le quedaba mas cerca de los ojos.

- Han destruido la escuadra en un ataque de sorpresa.

- ¿Sin declarar la guerra? -

- Sin declararla. alguien me dijo que esta noche desembarcarían por la costa del Pacífico.

Felipito Martínez siguió por dos o tres horas aquella marejada humana donde parecía que se había volcado todo el odio del universo. al pasar frente a su gimnasio el hábito lo hizo detenerse. En el gimnasio, los oradores de la directiva trataban de reclutar a la juventud atlética de la institución. Un trinar incansable de aplausos y un recordar inagotable de cánticos forcejeaban con las palabras enardecidas de los reclutados. Felipito Martínez aplaudió y cantó hasta que desapareció la última garganta del gimnasio. Cuando se tendió en su cama de hierro, todavía rumineaban por sus oídos pedregos de palabras y partículas de pentagramas. Unos pasos de mujer por el corredor, unos logues hemulos en la puerta, le sepultaron en el fondo de un nuevo sobresalto, toda sus exhalación anterior:

- ¿Quién va? - gritó con un insospechado pánico.

- Soy yo, ¡ábreme! - suplicó una voz vibrante al otro lado de la puerta. Le costó más trabajo incorporarse del camastro
~~¿Que había pasado? ¿Por qué aquella mujer se había arriesgado tanto?~~
~~La presencia de aquella mujer,~~

Aquella voz le despertó a una realidad de su vida anterior de la cual había creído fugarse durante la tarde:

- ¿Que haces tú aquí, muchacho? -

- ¿Es verdad que te vas mañana para un campamento? Me han dicho en el gimnasio que firmaste como voluntario. -

- Yo no sé. Puede ser... ¿Por qué estás tan agitada? -

Tan pronto terminó la última pregunta, Felipito Martínez sintió que se le había colado por algún resquicio de la cabeza, una luz extraña. En cierto modo, aquella mujer era su prometida. Había otro pedazo de humanidad, tan concreta como él, tan noble como él, unida a su vida por un voto de amor que ~~no se había atrevido nunca a unir por un lazo de silencio, por una caricia rápida, sobre las paredes que podía contar en sus recuerdos.~~ ^{La única noche} ~~mas medidas. Por el terror a que se vieran de ellos las máquinas del sótano.~~ los discursos

de la radio, las banderas, las imprecaciones del viejo de las muletas estaban dirigidas hacia su presencia de mozo atlético. } ^{Peró} También estaba dirigida hacia él, aquella mirada de amor que le esrutaba su ^{nueva} voluntad, dispuesta a colgar del primer clavo mohoso toda su paciencia de mujer honesta. La mano cada tenía los cabellos empujados de susto pero el aliento ávido. Él veía los ojos enclaustrados en un

terror de ausencia. La vida para ellos seguía siendo clara y precisa: el día menos pensado en el lugar menos soñado podía morir aquel hombre que se tenía reservado su soledad de mujer fea. Ya no había que esperar día tras día, ni beso tras beso, ni rubor tras rubor, a que escapara en las horas interminables de la impotencia que aviesca detiene el ardor de los polvos, el coraje necesario para unir dos miserias, dentro de cuatro brazos desfilados. Fue la primera vez que Felipito Martínez besó a su prometida en los labios. Cosa extraña, aquel beso desvalido, sin sabor de goce ni palpitación de sueño, que él había imaginado dentro de las imágenes modestas del sótano, no existía en la boca de aquella mujer. ~~Por el contrario, un hondo latido voluptuoso ~~muera~~ le advirtió que estaba en presencia del amor~~

mujer. Por el contrario, un temblor misterioso que despertaba las fibras más atropelladas de sus vidas angustiosas cuerpos detenidos los anastaba hacia una plenitud voluptuosa, incapaz, imposible de ser imaginada en ninguna sombra ni en ninguna luz. La guerra. La mujer le abrió frente a todos los temblores, a todas las agresiones de aquel hombre, que ya parecía estar prometido con la muerte, sin una sola queja.

Se levantaron al otro día, con una nueva estimación que los hacía contemplarse ^{dentro de} una

sembría sorpresa. En la cara de aquella mujer no
 había quedado el mas leve rastro de Haldus.
 En el rostro de aquel hombre no había quedado
 el mas leve rastro de temor. Aquella anticipación
 a una gran parte de lo que para ellos podía
 ocultar la vida, impuesta por una razón de tiempo
 breve, había ~~puesto~~ ^{hecho} ~~a~~ plotar sobre la sorpresa
~~de una noche, una extraña melodía de aventura,~~
~~una extraña melodía que ninguno de los dos~~
~~sabía de donde brotaba~~
 brevedad de aquel encuentro una extraña melodía
 de aventura que ~~se~~ iba ^{envolviendo} ~~reflejando~~ sobre todo cuanto
 los rodeaba. ~~Sonriéndole a todos los secretos de una~~
~~noche, se fueron a la parroquia.~~
 los rodeaba. Sonriéndole a la gracia fortuita de
 aquella noche, se fueron a la parroquia. Sonriéndole
 a lo que todavía quedaba por conocer de la vida,
 ella lo acompañó hasta la oficina de inscripción.

En el campamento de voluntarios, la sorpresa fue de otra especie. Felinto Martínez se encontró reproducido en miles y miles de sus jóvenes, que marchaban a la guerra con un jubilo siniestro. Ninguno de ellos había ganado nunca lo suficiente para ver satisfechos los anhelos elementales de un hombre joven. Cada uno tenía el menor número de pulgadas de espacio que necesitaba un cuerpo humano para entrar de pie o para dormir acostado en la habitación donde vivía. Todos se sentían clasificados, cuadrículados, rotulados para un destino uniforme en la complejidad profunda del nuevo hemisferio:

- En mi corporación yo era oficinista 9.6 ¿Tú sabes lo que es eso? -

- No

- Pues una lámina encima de un cuerpo vivo. -

- ¡Bah! Yo estuve siete años pegándole sellos a los bultos de mi almacén. ¿Y tú? -

- A mí no me habían mal. Alrededor que sabía de la escuela de comercio gané doce dólares semanales, lo mismo que gana el repartidor de ropas de una lavandería. Solamente que 4^{ta} era clerk y no peon. Esa ~~era~~ toda la diferencia. -

Cuanto más hablaba con sus compañeros de armas, más se evidenciaba aquella identidad en un desencuentro que nadie podía explicarse. La vida de aquellos

voluntarios había sido una de las jenas más metódicas de morirse a plagos, pegados al mismo magazine, a la misma extravagancia mensual, al mismo juego de pelota. Todos ellos constituían un pedazo viviente de una frustración nacional. Por mucho que la propaganda hitleriana de deformar la intención heroica de aquel redutamiento, había una verdad líquida caminando detrás de ellos: cada uno iba huyendo de su propio mundo, tal vez de su propia pánico. El ejército era como una salida del laberinto diabólico, que a su alrededor había creado el clericalato universal. Había que buscarse el ascenso, aunque fuera desrutándose a la muerte misma:

- ¡Heum! La guerra es la guerra, no hay que hacerse de ilusiones, - corrataba tímidamente algún indeciso. -

- Yo no vuelvo a salir por las calles con un muestrario de cepellos, aunque tenga que prelear dentro de un pantano. -

- Yo tampoco. Esta mañana tiré al canasto mi sonrisa de vendedor para el resto de mi vida. -

Por la noche, una reunión fantástica de millares de rostros graves se sumergían dentro del de los textos militares con una curiosidad atemoradora. No había el menor gesto de impaciencia, el menor bostezo de ~~indiferencia~~ ^{inconformidad}. La energía desplegada para enfrentarse con el nuevo destino era magnífica. Indudablemente aquella acción no era una de

esas facciones juveniles imbecilizadas por el deporte
 o aniquiladas por el empujamiento utilitario. Era una
 paradoja sangrienta la que se observaba en aquella
 movilización de gente estudiantil. Todos habían huido
 de la paz como de una acechante perenne de
 destrucción. Todos se habían refugiado dentro de un
 campamento de guerra buscando un poco de paz.
 Para algunos de ellos, la guerra había sido
 la primera oportunidad de descubrir su propia
~~utilidad como~~ razón de existir. Para algunos
 de ellos, incluso para Felipito Martínez. El regreso
 al entrenamiento al aire libre, el ambiente de
 libertad, la nueva sensación de espacio, le sentaba
 maravillosamente a su cuerpo. El descubrimiento
 que él era una individualidad distinta y distante
 de la máquina de calcular le sentaba admirably
 a su espíritu. Le había desaparecido
 del hastioso misterioso ^{de la conciencia} ~~del espíritu~~, el insoportable
 tictac de la máquina de calcular. Aquella
 monorritmia áspera había logrado socavar tan
 hondo su confianza de mozo, que algunas
 veces Felipito Martínez creía que el tictac
~~no se escapaba de la máquina, sino de las~~
~~aberturas de su propio cuerpo. En el campamento~~
~~además, cada día su cabeza funcionaba~~
 mejor.

Además, cada día su entendimiento funcionaba mejor. Había perdido aquella somnolencia que le tenía la cara rojando en una media barba. Apenas tenía que inclinar la cabeza en un lépto para entender las cosas que en la alta escuela le parecían obstusas. Un sólido espíritu de combatiente iba desahacido deshaciendo día tras día el tipo atrevido, el oficinista sudoroso, el ser automatizado a quien el ~~sistema clericalato~~ tenía acomodado dentro de un ~~limbo cerrado~~.

que había creado el clericalato universal. Todos hablaban de su pulcritud, de su tercio atlético, de su adusticidad. En el campamento, alguien tuvo que darse por entendido que Felipito Martínez tenía la suficiente fortaleza en el ánimo y la necesaria energía en la voz para saber mandar. En los ascensos fueron entrando los dineros y en los dineros, la posibilidad de poner al alcance de su mujercita esas complicadas cosas que constituyen el sueño de la laquigrafía de metrópolis: la lámpara enana, el caucho con almohadones de cordoncillo, el reguerele de revistas de cine tendidas sobre la estera, el buda humeante y el insecticida perfumado.

Aquel hogar esquemático, regido por dos ojos limpios que sabían como mirar con amor, llevó a Felipito Martínez de la vague comedia del reclutamiento de guerra: las borracheras

esténtoreas, los bailoteos con las enganchadoras de galones, toda esa turba de mujeres que afeminan, afeminan los uniformes y masculinizan las sayas, cuyo turno exhibicionista, es una de las peores beligerancias que moviliza la pasión nacional. Ambos sentían la legítima necesidad de una soledad de amor. ~~Felipe Martínez, había podido comprender~~ Cada día su mujer se le hermosaba más bajo aquel mirar que no tenía gran hecho que recoger. Parte de su nueva educación era aquella contemplación de un cuerpo femenino desnudo, la presencia de una desnudez por donde todavía circulaba el rubor de la doncella. Felipe Martínez, ~~había aprendido~~ ^{también aprendió} que las manos también se habían hecho para acariciar a una mujer amada, que los ojos también se habían hecho para posarse con deleite sobre los pequeños misterios que guarda el cuerpo de una mujer. En verdad había sido una tremenda crueldad tener que mirar a aquella mujer bajo la luz ingrata del sótano, con los dedos manchados de tinta y los mechones empapados de sudor, bajo el agobio livido de una fatiga acentuada por la fatiga del día anterior. Su vida de ambos estaba ahora plena de sentido, ~~hinchada de altruismo, con aureolada por de altruismo, de goce terrenal, por encima de esa enfermedad literaria del romance libresco, con que había sido envenenada toda la juventud de una nación.~~

de humano altruismo, de goce ténental, sin la estúpida contaminación del romance libresco con que había sido envenenada toda la juventud de una nación. alguna que otra noche iban a pasear por los parques, firmemente arrebuados dentro de su nuevo calor, solo por el placer de desafiar la brisa helada, el pavimento resbaladizo, las figuras fugaces que temblaban como muñecos desfavoridos.

No habían de pasar muchos días sin que se extendiera por el campamento el primer susurro de que había llegado el momento de partir. Los ejercicios nocturnos se sucedían en horarios abruptos, las vacaciones se prolongaban, el equipo individual se reforzaba. Una ola caliente de discursos empezó a hablar la histeria del nuevo soldado. Felipito Martínez, comprendió que había llegado el momento de ausentarse de aquel amor por el cual se sentía tan moldeado como por el propio campamento. También lo sabía la mujer. Cuando llegó la última madrugada, él se lo dijo sonriente:

- me temo que esta sea mis últimas vacaciones antes de ir al frente. Claro, pasará mucho tiempo antes de entrar en acción.

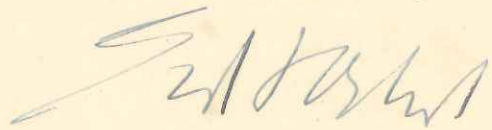
- Ya lo sé - contestó ella sonriente también, pero un poco pálida. - Por mí puedes ir tranquilo. Donde quiera que sea, no importa lo que pase, yo siempre estaré a tu lado.

Ambos se separaron tranquilos y apasionados. Todavía entre las cadencias monótonas de un tren fantasmal, que regateaba con el amanecer, Felipito Martínez, podía reconocer la melodía de aquella esperanza mujeresca flotando en ~~una~~ esa noche irreal, que queda detrás de la noche común, ~~donde suele regodearse nuestra alma mientras busca hasta donde suele emigrar el alma buscando su ruta ^{inmaterial} ~~oscura~~ hacia el misterio. Todo en él era claro y preciso. El reloj latía en su muñeca como único signo humano del viejo tiempo. Un poco lejos, ~~una mujer enamorada abuzado en~~ sumergido en el fondo de sí mismo había un nombre libre bajo un uniforme bien aplanchado. Todo en él era claro y preciso.~~

Cuando llegó hasta el primer litoral africano, Felipito Martínez, fue una de las primeras bayas. Sus piernas ágiles saltaban las primeras estacadas en un jubilo casi atlético, tal vez soñando que iba brincando de tres en tres una ~~lana~~ ^{valla} de escombros ~~y una valla de máquinas de calcular~~ que se extendía hasta un horizonte quimérico. Felipito Martínez, tuvo poco tiempo antes de morir; de saber que clase de muerte era la que venía en su busca.

La aventura (17)

Se irguió para esperarla, sabiendo que venía en busca de él la mejor muerte, la que viene silbando como un viento azorero entre los árboles altos, la que llega como una tormenta que desentraña los cimientos agonicos, la que tumba al hombre de la cintura hacia arriba. Besó el recuerdo de su mujerita y cerró los ojos sonriente. El casco de metralleta tuvo la gentileza de decapitarlo instantáneamente, para que muriera con aquel nombre palpudándole entre los labios.



Puerto Rico 1948